

# El Salto Cuántico - Capítulo II (3ra entrega)

Carlos Daniel Marchio

Image not found.

## Capítulo 1

4.

Sheena Reed inició su rehabilitación con ejercicios de elongación en su mismo lecho para recuperar sus miembros, entumecidos por el sedentarismo. Comenzó estirando brazos y piernas hacia arriba y hacia los costados, y poco a poco sus tendones se estilizaron hasta permitirle tocar sus pies con la punta de sus dedos. Cuando la mencionada etapa estuvo concluida, dio inicio la más importante: recobrar su estabilidad. El solo hecho de incorporarse en el lecho por sus propios medios le tomó dos extenuantes horas. Sus primeros pasos fueron lentos y temerosos, y siempre estuvo acompañada de dos enfermeros, uno a cada lado, en quienes se apoyaba para darlos. Ambos fueron reemplazados luego por un andador, y tras independizarse completamente de ayuda alguna, comenzó a caminar por sí sola. En más de una ocasión, sintió la rudeza del suelo al intentar desplazarse pero finalmente lo logró, a fuerza de tesón y mucha paciencia. Dos semanas más tarde, caminaba lenta pero ininterrumpidamente, sin problema alguno.

Sus progresos fueron celosamente vigilados por el doctor Long, cuya única preocupación era el éxito en su misión.

Unos meses más tarde, Reed abandonaba el Centro Hospitalario con el alta médica respectiva. Hasta ese entonces y por un período similar, continuó con su hermetismo sobre la aventura que la había tenido como protagonista, y todos los interesados respetaron su silencio.

Se la proveyó de un departamento de dos ambientes ubicado en el vigésimo séptimo piso de una flamante torre ubicada en los límites de la ciudad, zona elegida por pedido expreso de ella: cerca de las comodidades que proveía la civilización y a la vez de la tranquilidad que ofrecían los parajes deshabitados al otro lado. Los gastos de mantención de su vivienda y de su persona fueron absorbidos directamente por el Gobierno de Estados Unidos, que le proporcionó una pensión permanente por el resto de sus días.

Antes de decidirse a hacer pública su experiencia, Sheena decidió efectuar una visita al complejo de cuidados mentales en que Bill Johnson se hallaba recluido y donde su vida transcurría monótona y carente de conciencia y sentido. Arribó al lugar el 13 de marzo del año siguiente, escoltada por un guardia de seguridad y por un enjambre de reporteros que la seguía a sol y a sombra, pero siempre a la distancia: por disposiciones legales se les permitía cubrir su vida pero sin interferir.

El hospicio abarcaba toda una manzana de longitud. La entrada en forma de arco le causó estupor por las similitudes que la asociaban con la de la gran torre feeriana. El lugar se hallaba custodiado por dos pequeñas cascadas que desembocaban en estanques repletos de peces de colores y flora, y sobre ella se hallaba escrito el nombre del establecimiento en brillantes letras plateadas. Para llegar hasta allí, había que recorrer un tramo de unos 20 metros por un camino rodeado de frondosos árboles.

Una vez dentro, no hizo falta presentación alguna con los empleados encargados de la recepción.

—Bienvenida al Complejo Madison, señorita Reed. Le solicitamos aguardar unos instantes aquí. Tome asiento. En breve, será escoltada al pabellón en que se encuentra el señor Johnson.

La recién llegada no respondió a las palabras del muchacho que la recibió, pero se dirigió a la hilera de asientos que se hallaba a su derecha frente al mostrador, aceptando la oferta.

Tras unos minutos llegó otro hombre, de abundante barba blanca y gruesas cejas, que se presentó como Alex J. Muffin. Era el director del establecimiento y fue quien la acompañó a su destino por un pasillo pulcramente cuidado que le pareció infinito. Al final de este, se detuvieron ante una puerta custodiada por dos cámaras de seguridad.

—Bien, señorita Reed —dijo su guía—, aquí estamos. El pabellón 1. El más seguro de todos.

Se abrió paso inclinándose levemente dada su elevada estatura, colocando su rostro frente a un lector infrarrojo que registró sus pupilas, y continuó su discurso mientras reanudaban la caminata.

—La celda del señor Johnson es la cuarta a nuestra derecha. Dispone de todo el tiempo que crea conveniente para verlo, pero le advierto que le será imposible lograr dialogar con él. Ha permanecido en silencio desde su arribo, sumido en un estado de autismo total. No habla. Ni siquiera osa moverse. Le suministramos sus alimentos por vía intravenosa porque se niega incluso a comer.

A Reed le resultó chocante oír la palabra “celda”. No sabía por qué se habían referido a ella como tal y no simplemente como una habitación. Tal vez era por la forma en que los habitáculos eran vigilados. Su compañero de viaje no era un preso, por lo que consideraba inadecuado que se asociaran a él términos tales como aquel, pero no hizo ninguna observación al respecto.

Llegó al lugar y su interlocutor le informó que la esperaría afuera. Su custodio, mientras tanto, hizo un ademán señalando su intención de acompañarla, pero ella lo rechazó. En ese instante, Muffin le advirtió:

—Señorita Reed, por cuestiones de seguridad resulta imprescindible que su custodio la escolte. Él llevará este dispositivo —le mostró en ese momento un artefacto pequeño, similar a una pistola de rayos láser— como prevención si acontece algún hecho inesperado. Es un arma que emite ondas paralizantes en caso de resultar necesario. El sujeto no resulta herido sino solo atontado el tiempo suficiente como para que puedan abandonar la celda.

“Otra vez esa maldita palabra”, pensó ella. Aceptó de mala gana y se adentró en la habitación.

Ingresó al pequeño recinto acompañada de su custodio.

El único mueble que se hallaba dentro de la estancia, contra una de las cuatro paredes y a los pies de un ventanal que daba a un patio interno, era un camastro de una plaza. Sobre él, recostada, yacía la figura de su compañero de viaje. Reed se acercó a Johnson lentamente, sin producir sonido alguno. Mientras lo hacía, iban aflorando detalles en su persona,

producto de la proximidad creciente. Lo notó visiblemente desmejorado: pálido, ojeroso y muy delgado. Un gran número de canas se había dado paso entre su raleado cabello, otrora fuerte y vigoroso.

Se sentó a sus pies, y comenzó a observarlo fijamente, siempre en silencio. El guardia de seguridad se había quedado en la entrada y seguía desde allí la escena hasta en el más mínimo de sus detalles. Ninguno de los dos protagonistas parecía tenerlo en cuenta.

—Bill... —suspiró ella casi imperceptiblemente al tiempo que acercaba su mano izquierda hacia la pierna de Johnson y la depositaba con suavidad sobre ella—. Así que era cierto... Aquí estabas.

El silencio volvió a invadir la sala. Su ex compañero parecía no oírla. Ni siquiera se presentaba el menor signo en su semblante que hiciera pensar que se había percatado de su presencia.

—Sé que esto fue muy duro —continuó ella—. Sé que perdiste a tus seres amados, incluso a tu planeta. Lo hemos perdido los dos. Pero estamos a salvo, con los nuestros nuevamente —suspiró y se quedó pensativa un instante, mientras las lágrimas comenzaban a rodar por sus mejillas—. Ojalá te recuperases. Tenemos tantas cosas de que hablar...

No hubo el menor cambio.

Convencida entonces de que aquel hombre jamás despertaría de su letargo, decidió no perturbarlo más. Se quedó nuevamente en silencio, pensando un instante. Cuando se dispuso a ponerse de pie para abandonar el lugar, sintió que una mano se aferraba con fuerza a la suya. Volvió su vista y se encontró con los ojos de Johnson, que ahora la miraban fijamente. Un halo de suspenso y tensión invadió el ambiente. El custodio encargado de la seguridad de la visitante se aprestó a intervenir, preocupado y sorprendido a la vez, pero un gesto de advertencia hacia él por parte de ella con su mano libre lo obligó a permanecer inmóvil.

—El infierno existe. Se aproxima la hora —gruñó dificultosamente el astronauta, con una voz gutural. Luego de sus palabras, volvió la vista hacia el vacío y, tras unos instantes, su efímero vigor lo abandonó y la mano con la que aferraba a la mujer volvió a desplomarse, laxa, a un costado.

Sheena Reed saltó del camastro como impulsada por una fuerza sobrenatural producto de su sorpresa, alejándose de aquella persona que le había hecho una confesión sobre la cual ya sabía, y abandonó la sala. Fue entonces cuando decidió que ya era el momento de relatar su historia al mundo.

Volvió a su casa turbada pero dispuesta a entrevistarse con Norton, a quien no condenaba por el hecho de que su padre fuese el responsable de los acontecimientos y su propia suerte. Por el contrario; lo sabía portador de una cruz injusta. Y consideró apropiado que fuese él quien primero la escuchase en una entrevista que le concedió a puertas cerradas. Lo creía merecedor de ello por ser el hombre que los rescatara.

Se dispuso entonces a cumplir con el pedido que le habían efectuado, viéndose en la necesidad de explicar muchas cosas, sin saber a ciencia

cierta cómo hacerlo. Temía en su interior el impacto de sus revelaciones. Contaría qué había sucedido con Richard Spenter. Contaría que, efectivamente, los tripulantes de Conqueror no habían permanecido sumidos en su sueño criogénico hasta que fueron rescatados por sus pares terrícolas (ahora, marcianos). Contaría la aventura que había tenido lugar en ese lapso. Y, fundamentalmente, contaría la historia de una civilización amenazante pero que a la vez explicaría muchos de los misterios de la humanidad que hasta esa fecha carecían de respuesta, entre los cuales se hallaban la certeza de que no estábamos solos en el Universo y hasta el mismo origen de la vida en la Tierra.